

pendencia del orgulloso arzobispado de Milan, lucha que debía acabar por obligar al clero milanés, entregado á los mas impuros placeres mundanos, á someterse á los preceptos cluniacenses, pues hasta entonces habian sido letra muerta para la diócesis de San Ambrosio los decretos canónicos contra la simonía y contra el matrimonio de los sacerdotes. Las corrientes religiosas de la época favorecian poderosamente estas tendencias, así es que cuando se presentaron los dos fogosos predicadores penitenciaros Arialdo y Landulfo para combatir al arzobispo Guido y á su desmoralizado clero, fueron recibidos por el pueblo con júbilo y aplauso, y las formas democráticas dieron mayor fuerza al movimiento. Los fanáticos, calificados por befa de *patarinos*, opusieron abierta resistencia á la excomunion del arzobispo y apelaron del degradado representante de San Ambrosio al de San Pedro. Por fin presentóse en la metrópoli de Lombardía, tan destrozada por las luchas, y acompañado de su amigo Anselmo, que despues fué obispo de Lucca, el devoto y casi fanático Pedro Damiani, á quien, á pesar de su resistencia, logró sacar el papa de su retiro de Fontavellana, en Gubbio, llevarle á Roma y nombrarle obispo-cardenal de Ostia. Ante su audacia y su energía hubo de bajar la cabeza el arzobispo Guido, y San Ambrosio, que en tiempo de Ariberto habia comenzado la lucha con San Pedro, renunció por fin á sus ambiciosos planes.

Tambien forma época, bajo otro concepto, la variación introducida en el sistema de eleccion pontificia, reforma que, probablemente á instancias de Hildebrando, fué hecha por Nicolás II en 1059 en el concilio de Letran, en el cual no tomó parte ningun obispo alemán. El cisma terminó sometiéndose Benedicto X á Nicolás II, y para que no se reprodujera se modificó el sistema de eleccion pontificia. Segun la antigua costumbre, intervenian en la eleccion de papa el clero, la nobleza y el pueblo, y esto precisamente ocasionaba los desórdenes que habian aniquilado al pontificado y puéstole por completo en manos del rey de Alemania. El decreto electoral de Nicolás II sustitua á la antigua forma democrática y al derecho de nombramiento que últimamente se habia conferido al emperador, un sistema aristocrático, pues confiaba el derecho de elegir papa á un Senado electoral limitado al colegio de cardenales, es decir, á los siete obispos de los arrabales de Roma, á los veintiocho sacerdotes de las principales iglesias romanas y á los diez y ocho diáconos de los hospitales de la ciudad. Esta corporacion debía proceder á la eleccion de papa, aun estando fuera de Roma, y podia elegir un pontífice que no fuera romano. Las fórmulas que se mandaban observar en la eleccion estaban perfectamente marcadas, de tal suerte que la eleccion hecha por una minoría era válida si se habia ajustado á los requisitos prescritos. Desde entonces ya no se habló mas, ó se habló en frases generales, del derecho del emperador de intervenir en las elecciones pontificias. En cambio, se respetó en parte la antigua costumbre ordenando que la eleccion hecha por los cardenales se sometiera hasta cierto punto á la aprobacion del clero y del pueblo. Con estas prescripciones quedaron derogados los derechos que habian sido solemnemente asegurados á Enrique III. ¿Era de esperar que Alemania permaneciera impasible ante este despojo y que los reyes alemanes renunciaran sin protesta á su soberanía sobre Roma? Este fué uno de los motivos de los posteriores conflictos. Pero previendo este caso, habíanse adoptado las medidas oportunas, consiguiéndose que los normandos, tan desgraciadamente combatidos por Leon IX, se convirtieran en adalides del pontificado. Nicolás II, en efecto, les dió en feudo los territorios que habian conquistado en la Alta Italia y legalizó su soberanía, acrecentada extraordinariamente por

la usurpacion, disponiendo en su favor de comarcas sobre las cuales, en rigor, no tenia derecho alguno. Por otra parte, el pontificado se dirigió al poder de los marqueses tuscos, á quienes Godofredo de Lorena y Beatriz habian atraído á la Iglesia. En la Alta Italia, la Santa Sede estaba en alianza con las inquietas poblaciones de las ciudades lombardas. Desde sus primeros pasos hácia la reconquista de su independencia, puso Roma en movimiento todas las fuerzas nacionales de Italia y se sirvió de ellas, no en interés de Italia sino en el suyo propio.

A pesar de que el estado de cosas de Alemania impedia á la regencia reclamar enérgicamente los perdidos derechos imperiales, no le faltaban adversarios á la naciente jerarquía. No solo los mundanos contradictores de los cluniacenses, sino tambien los mas celosos jóvenes de Clugny desaprobaban las tendencias que Hildebrando habia impreso al desenvolvimiento de la Iglesia, pues temian ver á esta profundamente comprometida en asuntos terrenales. El celoso Pedro Damiani manifestó, con especial calor, que la ambicion de Hildebrando solo podia traer, en lo porvenir, desastres sobre la Iglesia. Sus palabras parecian deber realizarse cuando, en 27 de julio de 1061, falleció Nicolás II, pues en aquella ocasion todos los adversarios de las nuevas tendencias esperaron destruirlas con el auxilio del rey alemán, y si no pudieron conseguir su intento, debióse esto al funesto cambio que desde la muerte de Enrique III habia ocurrido en el imperio.

Enrique III, á fines de su reinado, habia tenido que aflojar las riendas que tan fuertemente habia sostenido hasta entonces: su muerte dejó en completa libertad á los elementos que le habian combatido, infundiéndoles valor para combatir con mayor esfuerzo la preponderancia de la monarquía. El episcopado alemán esperaba verse libre de la dominacion de los austeros cluniacenses; los príncipes laicos aspiraban á ejercer su antigua influencia sobre el gobierno del imperio y querian sobre todo destruir la monarquía sálica hereditaria. Contra unos y otros estaba la baja nobleza, la cual, desde que Conrado II la habia libertado de la dependencia de los grandes señores, veia sus mas caros intereses unidos á los de la monarquía y constituía, por lo mismo, su natural apoyo contra sus adversarios. Unicamente una mano enérgica hubiera podido contener á los partidos, y precisamente el imperio se encontraba entonces nominalmente en manos de un niño de seis años y de hecho en las de una extranjera que, acogida al entrar en Alemania con desconfianza y mala voluntad, veia revivir contra ella todas las antiguas preocupaciones. La hermosa viuda estaba animada de los mejores deseos y dotada de ilustracion no comun y era inteligente y prudente, pero no era una Teofana. Además, el episcopado alemán no olvidaba que ella habia atraído á su esposo á las ideas cluniacenses, favoreciendo el triunfo del partido reformista de la Iglesia. El hecho de que los arzobispos y muchos respetables obispos se mantuviesen apartados de la regente naturalmente debía disminuir su consideracion é influencia, y era natural tambien que, viéndose abandonada por gran parte de los prelados, se asociara á hombres poco importantes y poco merecedores de ocupar los altos destinos que les estaban confiados. Esto no solo le atrajo nuevas enemistades, sino que la expuso á murmuraciones que afectaban á su honra. Por tanto, Inés no pudo refrenar la conducta indócil de los magnates. En Sajonia, el duque billingo Ordulfo arrebató muchos bienes á Adalberto de Bremen, que se veia privado de su poderoso protector, y Rodulfo de Rheinfelden obligó á la emperatriz no solo á que le diera por esposa á su hija Inés, á quien arrancó del convento, sino á que le confiara el ducado de Suabia y la administracion de Borgo-

ña. La regente tuvo que indemnizar á Bertoldo de Zahringen, á quien Enrique III habia prometido la Suabia, cediéndole la Carintia y la marca veronesa, que estaban vacantes por muerte del duque Conrado. En Baviera, Oton de Nordheim, ambicioso sajón, á quien la regente habia creído atraer á su causa con la cesion de este ducado, arrojó pronto la máscara para convertirse en el alma de todas las intrigas que se tramaban contra la dominacion sálica. De esta suerte, en pocos meses quedaron destruidos todos los triunfos conseguidos por Conrado II y Enrique III. Tambien Hungría se emancipó muy pronto de la dependencia: el rey Andrés fué destronado por su hermano Bela, y cuando al frente del ejército auxiliar que le habia enviado Alemania, fué derrotado y muerto, su hijo Salomon, casado con Judith ó Sofia, hermana del joven rey alemán, pasó á vivir, como pretendiente fugitivo, á la corte de la regente.

Todas estas cuestiones, sin embargo, quedaron postergadas ante los grandes intereses religiosos. En 27 de julio del año 1061 falleció Nicolás II, y entonces la nobleza romana, que no solo habia perdido su anterior influencia sino que se veia excluida de la antigua explotacion de los bienes eclesiásticos, se dirigió á la regente de Alemania, suplicándole que nombrara un sucesor. El partido reformista, en cambio, dirigido por Hildebrando, proclamó á uno de sus mas probados adalides, á Anselmo de Lucca, el vencedor de la Iglesia milanesa, quien tomó el nombre de Alejandro II, y fué elevado al solio pontificio conforme á las prescripciones que para la eleccion se habian dictado en 1059, á pesar de la protesta que contra estas habian formulado los obispos alemanes. La Iglesia lombarda, especialmente, se levantó con todas sus fuerzas intentando destruir la dominacion del partido reformista y reconquistar la antigua libertad. En la persona de Cadalo de Parma, que se titulaba Honorio II, apareció un antipapa que se dirigió inmediatamente á la regente para que resolviera el cisma. Los adversarios de la jerarquía reconocieron la supremacía de la corona alemana sobre la Silla de San Pedro, esperando que les seria favorable; y en efecto, un sínodo de obispos lombardos, que se reunió en Zurich bajo la presidencia de la emperatriz, reconoció como papa legítimo á Honorio II. Italia era entonces teatro de una sangrienta lucha política y eclesiástica, en la cual la situacion del partido reformista se hacia cada vez mas crítica, inclinándose la victoria finalmente á Cadalo. ¡Cuán brillantemente hubiera podido entonces restablecerse el derecho imperial enfrente de Roma y de la Iglesia! ¡Cuán completamente podian ser destruidos los esfuerzos que por conseguir el poder hacia el partido jerárquico! Pero precisamente en el momento para ello mas favorable, realizóse en Alemania un golpe de Estado que despojó á la regente de la direccion de los negocios y quitó toda influencia á los hombres que se proponian hacer entrar en campaña al imperio en favor de Cadalo.

Ya se comprenderá que entre los partidos que mutuamente se combatian en el imperio, el poder debía ser para aquel que se apoderara del que en apariencia lo representaba, es decir, del regio niño. Ya en 1057, un brutal noble sajón llamado Oton, hermano natural del marqués Guillermo, de la marca septentrional, que habia sucumbido combatiendo contra los litizios, habia concebido este plan, que no pudo llevar á cabo por haber muerto en la lucha con Ekberto de Brunswick. Detrás de él no parece que hubiera ningun partido, pero luego se fué formando poco á poco. Los hombres de una manera ostensible se mantenian apartados de la regente eran precisamente los que murmuraban de que no les tomara por consejeros y prefiriera á personas de mas baja categoría, y de que en el gobierno del imperio solo se viera apoyada por un pequeño número de auxiliares íntimos que,

con pocas excepciones, pertenecian no á la clase de príncipes laicos ni al episcopado sino á la baja nobleza, que habia logrado elevarse en la corte desde la época de Conrado II. Estos habian abogado en Zurich por Cadalo, y por eso estaban encolerizados contra ellos los obispos partidarios de las reformas. Distintos motivos coadyuvaron, pues, á aumentar el descontento contra la regente, á cuyo descrédito contribuía la maledicencia presentando como sospechosos su conducta y sobre todo sus relaciones con el obispo Enrique de Augsburgo. En el centro de este círculo de descontentos estaba el arzobispo Anno de Colonia, suabo de nacimiento, experimentado en los negocios, de irreprochables costumbres, celoso eclesiástico, pero de carácter violento y dominado por la ambicion. Con él se juntaron su sobrino Burkhardo, obispo de Halberstadt, y Gunther de Bamberg, y de la clase de magnates Ekberto de Brunswick, el duque bávaro Oton de Nordheim, cuya ambicion apelaba á todos los medios, y Godofredo de Lorena, que por medio de un cambio en Alemania pretendia mejorar la situacion crítica del partido jerárquico en Italia. En mayo de 1062 los conjurados arrebataron al joven rey de manos de su desconsolada madre, despojando, por tanto, á esta y á sus consejeros íntimos de la direccion de los negocios y encargándose ellos del gobierno. No reinó mucho tiempo la union entre los que se habian unido para realizar este acto de violencia, pues pronto se despertó el antagonismo entre los obispos y los príncipes laicos. Estos últimos fueron excluidos de los frutos de la victoria, pues los obispos se apoderaron del mando. El mismo Anno de Colonia perdió sus ilusiones con el orden de cosas definitivamente creado: cierto que se le confió la educacion del joven rey, con lo cual se le dió un cargo importante, pero en punto á regencia se acordó que la ejercería siempre aquel obispo en cuya diócesis residiera el monarca.

Un régimen de tantas cabezas, en el cual las tendencias predominantes debian variar por simples accidentes exteriores, tenia que aumentar los antagonismos existentes. La monarquía estaba desprestigiada; los príncipes laicos murmuraban; los servidores del rey veíanse despojados de su influencia, y los aliados que recientemente se habia conquistado la monarquía en Italia se mostraban ofendidos, porque cediendo al influjo de Anno, la regencia adoptó el partido de Alejandro II, con lo cual hizo imposible la victoria del antipapa Cadalo, que tan próximo á ella se veia. Entre tanto, aumentó el descontento general la poca consideracion con que cada uno de los regentes que temporalmente ocupaba el poder procuraba atender á su provecho, al de su Iglesia y al de sus favoritos. El elemento laico, así los príncipes como la nobleza, que estaba al servicio del rey, pedia cada vez con mayor impaciencia intervenir en el gobierno; y las relaciones entre Anno y los obispos, que gobernando juntos gobernaban uno contra otro, presentaban, en tales circunstancias, cada dia peor aspecto. Anno, para robustecer su situacion, se atrajo primero á Sigifredo de Maguncia y luego á Adalberto de Bremen; pero pronto comprendió que este era un rival peligroso, cuya creciente importancia debia redundar en beneficio de la monarquía. Adalberto estaba personalmente unido, de una manera íntima, á la casa sálica: como hombre de confianza de Enrique III habia sido puesto, con toda intencion, al frente de la metrópoli del Norte, donde los poderes temporales que le habia concedido el emperador, contuvieron á los etelingsos sajones. Por otra parte, sus planes respecto de un patriarcado septentrional eran favorables á los proyectos de dominacion universal del poderoso salio, y en tales circunstancias, la misma tiara no hubiera halagado á Adalberto. Su autoridad religiosa, su inmaculada conducta le habian con-

quistado las simpatías de los mismos reformistas; su afición á la pompa y al lujo, su buen humor y su carácter seductor le valieron la afición del joven rey, que había tenido que sufrir la dureza, severidad y austeridad de Anno. Además, Adalberto no había tomado parte alguna en el secuestro de Enrique, el cual veía en este príncipe de la Iglesia la personificación de los grandes y felices tiempos de su padre. La amistad que entre el obispo y el monarca existía se estrechó aun mas gracias al odio comun contra los indomables sajones.

El ingreso del arzobispo de Bremen en el consejo de regencia produjo, pues, un cambio trascendental en ella. Los intereses episcopales quedaron postergados y volvieron á preponderar los puntos de vista laicos, volviéndose insensiblemente á las tendencias de Enrique III. En 1063, y á consecuencia de una afortunada campaña y de la muerte de Bela, volvió la Hungría á caer bajo la dominación alemana, sentándose Salomon, cuñado de Enrique IV, en el trono de su padre. Cuando se tocó la cuestión religiosa ocurrió un rompimiento entre Anno y Adalberto. Anno, contrariando los intereses del imperio y los deseos de la mayoría de los obispos, se decidió, en el concilio celebrado en Mántua en 1064, por el pontificado jerárquico de Alejandro II; pero en cambio fracasó su intento de hacer que el joven rey pasara con un ejército los Alpes para apoyar á aquel papa, proyecto al cual opuso enérgica resistencia Adalberto. Este, con tal conducta, aumentó el número y avivó el celo de sus adversarios, los cuales con temor observaban que desde que en la primavera de 1064 había sido declarado Enrique IV mayor de edad y su madre se había retirado á un convento, Adalberto, dueño absoluto de la confianza del joven monarca, gobernaba el imperio con poderes ilimitados. A los eclesiásticos celosos se unieron entonces los obispos que habían sido expulsados de la regencia y además los príncipes laicos, que temían volver á la austeridad de Enrique III. Los que mas tranquilos se mostraron fueron, sin embargo, los sajones, pues Adalberto, que desde la muerte de Enrique III había sido tan desdichado en sus luchas contra ellos, aprovechó su situación para reconquistar en lo posible lo perdido. El joven monarca no solo prosiguió la construcción de castillos, que había excitado contra su padre el odio de los sajones, sino que visitó repetidas veces la Sajonia, con lo cual hizo pesar sobre ella cargas que solo por fuerza se sobrellevaban. Habiéndose unido estos elementos de oposición para conseguir su fin próximo y comun, repitióse el espectáculo de que había sido víctima el joven rey en 1062. Durante una recepción de corte, que en enero de 1066 se celebró en Tribur, la oposición, unida y dirigida por los arzobispos de Colonia y de Maguncia y por Oton de Nordheim, puso á Enrique en el caso de elegir entre la abdicación ó el alejamiento de Adalberto. El monarca, viéndose en poder de los conjurados, cedió, y el arzobispo de Bremen recibió la orden de salir de la corte. Ya se comprenderá que Enrique solo se sometió por fuerza y que en lo sucesivo no tuvo mas idea que tomar venganza de aquella nueva humillación. La oposición, con todo, había ganado muy poco, pues el múltiple, despótico y egoísta régimen de los príncipes, que se apoderaron del gobierno, se atrajo pronto la antipatía de todos, y en medio de las violentas luchas de los gobernantes el joven monarca consiguió reconquistar poco á poco su independencia y volver de nuevo á la política que en union de Adalberto había seguido. Pronto volvieron entonces á suscitarse las antiguas quejas: la corte volvió á vivir con preferencia en los castillos de Sajonia, y los excesos cometidos por las guarniciones de estos castillos y la relajación de los compañeros del rey llevaron la indig-

nación hasta las últimas clases de la raza sajona. Lo que mas sentían los orgullosos nobles sajones era que personas en su mayor parte de humilde origen, fueran las que prevalecieran en el consejo del rey, inspirándole tan inauditas extorsiones. Esto indignó tambien á los príncipes alemanes, que, á pesar del golpe de Estado en 1066, se veían excluidos del poder, á excepcion únicamente del duque bávaro Oton, que entonces influía poderosamente en el ánimo de Enrique IV y que, maestro consumado en el arte de intrigar, proseguía su oscuro camino.

Desgraciadamente solo tenemos datos incompletos acerca de estos sucesos, que naturalmente se desarrollaron en medio de cierta oscuridad. La tradición histórica de aquella época, mas que los hechos reales y verdaderos, refleja las pasiones de los partidos. Por de pronto, en la literatura histórica de aquellos tiempos, casi únicamente hablan los adversarios de Enrique IV; y precisamente los que han contribuido de un modo especial á la tradición y han influido en la sentencia de la posteridad son los que querían condenarle ante ella lo mismo que ante sus contemporáneos. Además, los ministeriales, que eran los que constituían la principal parte del partido del rey, eran hombres ignorantes no llamados á escribir historia: lo que en los centros eruditos se escribió á favor de Enrique se perdió por efecto de la persecución de los triunfantes adversarios y en su mayor parte fué sistemáticamente destruido. De esta destrucción, que para su obra tenía ciertamente el autor incógnito de la vida de Enrique IV, pudo librarse afortunadamente para nosotros esta narración, apreciación corta de sus actos y luchas, piadosa é inspirada en la mas entusiasta adhesión, que fué escrita poco despues de la muerte del emperador y que aun cuando no exenta de tendencias panegiristas y no muy fidedigna en punto á hechos, reproduce con exactitud la imagen del hombre. Fuera de esto, la tradición respira premeditada y en parte apasionada animadversión hacia Enrique; presenta sus intenciones bajo el aspecto mas desfavorable, pasa en silencio ó atenúa sus triunfos y atribuye sus actos á los mas bajos motivos. Por eso las mas de las veces la investigación histórica ha tenido que hacer notar la imposibilidad de llegar á un conocimiento exacto y la narración se ha visto obligada á contentarse con establecer los rasgos generales que aparecen claros, y partiendo de ellos seguir el curso de los sucesos, por lo menos en sus líneas principales. Si partimos de este punto de vista y queremos agrupar en un cuadro de conjunto la tradición, tan insegura á menudo en sus detalles, veremos que la gran crisis por que atravesó el gobierno de Enrique IV únicamente se debió al antagonismo en que hasta entonces se había desarrollado el imperio, es decir, al que existía entre la monarquía y los príncipes, entre un Estado monárquicamente constituido y una confederación poco estrecha de poderes territoriales en su esencia independientes. Enrique IV luchó sistemáticamente y en un principio con éxito por robustecer el espíritu monárquico, y en la lucha que al fin estalló salió triunfante, llegando á hacerse dueño de los poderes rebeldes, hasta que ocurrió, por otras causas, su conflicto con la Iglesia, en la cual tuvieron una poderosa aliada los príncipes vencidos. Enrique IV, despues de gloriosas luchas, tuvo naturalmente que sucumbir ante esta antinatural alianza de dos poderes, unidos solamente por el odio comun contra el monarca.

El joven rey gobernaba sin príncipes y sin obispos, apoyado por los servidores reales y aconsejado por algunos señores, en su mayor parte jóvenes de la baja nobleza que buscaban fortuna en la corte y que creían asegurársela por medio de una sumisión absoluta al monarca. Convencidos de su impopularidad, y temblando por la estabilidad de su poderío

explotaban su situación en exclusivo provecho propio. Estos consejeros, que con su arrogancia ofendían á la nobleza principal y con su despotismo producían general indignación, eran venales, violaban el derecho y vendían las dignidades y los cargos eclesiásticos. La misma conducta del monarca era repugnante: Enrique quiso aprovecharse inmediatamente de la reconquistada independencia para romper el matrimonio que con Berta de Susa los príncipes le habían obligado á contraer en 1066. Entonces se conquistó su favor Sigifredo de Maguncia, que quiso ayudarle en su proyecto á cambio del diezmo de Turingia, muy codiciado por el prelado, y de ciento veinte propiedades que le regaló el rey. El plan, sin embargo, fracasó ante la enérgica intervención de Alejandro II, el cual envió á Alemania al celoso Pedro Damiani, cuyas apremiantes exhortaciones y severas advertencias pusieron á raya al rey y al arzobispo. Pero la indignación de los turingios, que habían tenido que pagar las costas del trato entre ambos, subsistió y vino á aumentar el general descontento. Enrique IV creyó llegado el momento oportuno de someter á sus adversarios por medio de un golpe de Estado, comenzando por sofocar con gran dureza una sublevación promovida por Dedi, marqués de Turingia. En 1070, á consecuencia de una denuncia formulada por un hombre de la plebe, acusó á Oton de Nordheim, que hasta entonces había gozado de cierta importancia en la corte, de querer atentar contra la vida del monarca, y no habiendo querido Oton presentarse al duelo judicial, se le desposeyó del ducado de Baviera, que fué concedido á su sobrino Welfo III, hijo del marqués Azzo de Este. Oton se levantó naturalmente en armas y á él se unió la descontenta nobleza de las comarcas turingio-sajonas, dirigida por Magnus, hijo del duque Ordulfo de Sajonia. En la Pascua de Pentecostes del año 1071 llegóse á un convenio en virtud del cual el de Nordheim, previa renuncia de la Baviera y de su posición en Haft, obtuvo los bienes que le eran propios. Todo este suceso se nos presenta envuelto en cierta oscuridad; no podemos decir si Oton fué realmente culpable ó si fué víctima de una intriga contra él tramada, ni podemos tampoco conocer los motivos en virtud de los cuales ambas partes llegaron tan pronto á un arreglo. Si se examina la conducta que Enrique y sus «consejeros secretos» como se solía denominar á los advenedizos que le rodeaban, siguieron posteriormente, parece que hubo un plan secreto para deshacerse de un enemigo peligroso por su talento, energía y poder, de quien se sabía que era obstáculo insuperable para la realización de los planes del monarca. Entretanto, había regresado á la corte Adalberto de Bremen; y como este debía sacar gran provecho, así bajo el punto de vista político como bajo el religioso, de su misión de Sajonia, avivó con su influencia el descontento que sentía Enrique contra los billings y logró hacer volver al monarca á los proyectos que en 1066 habían sido tan repentinamente suspendidos. La muerte de Adalberto, acaecida en 1072 en Goslar, no cambió en nada este estado de cosas. Los sajones encontraban cada día mas pesadas las cargas que se les imponían; todas sus libertades parecían amenazadas y la nobleza y los labradores se veían sumidos en perpetua servidumbre. El número de castillos reales se fué aumentando: los sajones veían en ellos los eslabones de una cadena que cada día les iba apretando mas para someterles al despotismo de príncipes no alemanes; y si esto llegaba á realizarse, todavía se presentaba una cuestión de mayor gravedad, pues la Turingia tendría que pagar el diezmo á Maguncia, carga que los sajones temían se les impusiera á ellos. Por esto creció la indignación y se organizó la resistencia, la cual á su vez exacerbó el furor que sentía el rey contra los odiados sajones, principales causantes de la

humillación que había sufrido en Tribur. Enrique procuró con todas sus fuerzas vencer á los billings, que se encontraban en el centro de la resistencia, y se fué acostumbrando á la idea de que sin la dominación completa de Sajonia era imposible que subsistiera el derecho y la dignidad de su monarquía. En Enrique se había despertado su carácter despótico; así es que en 1073 renovó la donación que había hecho en Maguncia del diezmo turingio, amenazando al propio tiempo con la muerte á los que trataran de apelar de tal disposición. Segun parece, este severo precepto fué por el momento obedecido: tan fuerte era entonces el poder de Enrique; tan próximo á conseguir su objeto parecía el monarca, ante el cual se abría el camino que llevaba á una reforma radical del orden de cosas hasta entonces existente, y en cuyas manos se encontraba la constitución del imperio,



Sello de Enrique IV

El rey, sentado en un escabel, ostenta en la cabeza una diadema de perlas, en la mano derecha el cetro, que tiene por remate un águila, y en la izquierda el globo, coronado por una cruz. La leyenda dice: HEINRICVS DI GRA REX.

tal como había salido de la lucha entre la monarquía y la confederación aristocrática. ¿Cómo podían librarse los príncipes laicos y eclesiásticos de la opresión que ejercía la monarquía hereditaria sálica, aliada con los celosos ministeriales?

En Sajonia no se trataba simplemente de la libertad de la nobleza y de los príncipes, pues tambien se veía amenazado el plebeyo, el labrador que continuaba en posesión de su antigua libertad, y que solo deseaba un caudillo para declararse en abierta rebelión. Enrique se creía libre de todo cuidado por esta parte, despues de haber encarcelado, á la muerte del duque Ordulfo, al hijo de este, Magnus, y de haber declarado que no le pondría en libertad hasta que hubiera renunciado al ducado. Además se había apoderado de Luneburg, el castillo principal de los billings. El hecho de haber sido puesto en libertad Oton de Nordheim pareció haber reconciliado á este con el monarca, separándole de la causa de sus compatriotas; pero aquel hombre en extremo hábil no había hecho mas que ponerse una máscara para engañar con mayor seguridad á Enrique y poder causar mas fácilmente su ruina. En efecto, apenas estalló la sublevación en secreto preparada se presentó á las agitadas masas para